

Especial Córdoba

TRAZAS NEGRAS

Revista de Literatura Oscura y Policial

AÑO 2
Número 15
Diciembre
2021

RESEÑAS:

Furia de invierno
(Perla Suez)

Las malas
(Camila Sosa Villada)

El sangrador
(Lucio Yudicello)

EXTRAS:

Crónica: Una cárcel es como un cementerio
Autor anónimo

Entrevista: Lucio Yudicello
Por Marcelo Caruso

Artículo: Historia de Córdoba Mata en la Historia de Córdoba
Fernando López

CUENTOS:

«La voluntad»

Daniel Teobaldi

«Mujeres»

Enrique Aurora

«Anillo del Caribe»

Esteban Llamosas

CÓMIC:



«El abono de los días»

Por Cesary Novek / Joaquín Silva



03 / CUENTO

LA VOLUNTAD
Daniel Teobaldi

06 / RESEÑA

FURIA DE INVIERNO
de Perla Suez07 / CUENTO
MUJERES

Enrique Aurora

10 / RESEÑA
LAS MALAS

De Camila Sosa Villada

11 / ENTREVISTA

LUCIO YUDICELLO
por Marcelo Caruso

14 / RESEÑA

EL SANGRADOR
de Lucio Yudicello

15 / CUENTO

ANILLO DEL CARIBE
Esteban Llamosas

19 / CRÓNICA

UNA CÁRCEL ES COMO

UN CEMENTERIO
Autor Anónimo

20 / CÓMIC

EL ABONO DE LOS DÍAS

C. Novek / J. Silva

29 / ARTÍCULO

HISTORIA DE CÓRDOBA MATA
EN LA HISTORIA DE CÓRDOBA

Fernando López

EDITORIAL

Córdoba negra

La ciudad mediterránea de Córdoba tiene un peso histórico muy importante en las efemérides de la República Argentina. Una urbe con más de 1.640.000 habitantes, equidistante de los océanos Atlántico y Pacífico (1.088 km de Valparaíso y 1.110 de Mar del Plata), paso obligado en el tráfico de esclavos entre Buenos Aires y el Alto Perú en los tiempos en los que España dominaba estas tierras, fue sede de una Reforma Universitaria que conmovió los cimientos de la América conservadora en junio de 1918 y es considerada el origen de la Córdoba moderna del siglo XX. Fue sede de la revolución «libertadora» también llamada «fusiladora» que derrocó a Perón en setiembre de 1955 y del “Cordobazo”, la revuelta obrero-estudiantil de 1969 que volteó al gobierno militar de Juan Carlos Onganía.

Jactanciosa y altiva, también, por ser su Universidad Nacional una de las más antiguas de América (desde 1613), acogió en sus calles y en sus plazas a dos escritores de renombre a fines del siglo XIX y principios del XX: un jovencísimo Leopoldo Lugones (1874/1938), rebelde y contradictorio, gran poeta y también gran narrador y al centenario Juan Filloy (1894/2000), gran novelista que se ufana de su habilidad para organizar palíndromos y de haber sido «un hombre de tres siglos» (XIX, XX y XXI).

Y desde 2014 comenzó a ser considerada también, a nivel mundial, como la sede principal del Encuentro Internacional de Literatura Negra y Policial «Córdoba Mata», un foro cultural que se desarrolló entre 2014 y 2019 en el marco de la Feria del Libro de esta ciudad y en 2020/21 en forma virtual, a causa de la brutal pandemia que todavía acosa a la humanidad. Un Encuentro que ha contado históricamente con los apoyos institucionales y financieros de los gobiernos provincial y municipal, de la Universidad Nacional de Córdoba y del Centro Cultural España-Córdoba. En todos estos años hemos contado con la presencia de los más prestigiosos escritores y escritoras, periodistas y académicos de Argentina, Chile, Uruguay, Colombia, Ecuador, Panamá, Cuba, Estados Unidos, España, Francia, Italia y las islas de Gran Canaria. También, en un esfuerzo económico para el que contamos con el apoyo de la editorial cordobesa «Raíz de Dos», lanzamos el premio «Córdoba Mata» de novela negra que ya tuvo seis ediciones, en el que participaron centenares de escritores de todo el mundo y con el que hemos consagrado a importantes autores noveles. Esto somos, acá estamos y realmente vale la pena seguir adelante.

Fernando López
Editor invitado

Comité asesor de **Trazas Negras**: Juan Ignacio Colil, Eduardo Contreras Villablanca, Julia Guzmán Watine, Gonzalo Hernández y Helios Murialdo.

Ya lo sabes: es un inmenso ritual del que nadie puede prescindir. Te lo digo yo, que vengo de otro país. Como si te estuvieran mirando mientras buscas una aguja en el centro de un pajar, y todos, sin excepción, hacen apuestas para ver si la encuentras. Así: trayendo y dejando sobre la mesa una jarra con el líquido verde, que parece jugo de kiwi, para que se lo sirva el tipo que está sentado a la derecha de la jarra. Fíjate bien cómo lo haces, porque la jarra debe estar fría, muy fría, de modo que, cuando llegue a la mesa, el frío de la jarra, en contraste con el calor que hay en el ambiente, haga que la humedad se condense en el vidrio transparente y que genere en el tipo que está sentado a la derecha de la jarra, el indeclinable deseo de tomarla por la manija, servirse un vaso hasta el borde, vaciarlo dentro de su boca gigantesca, sin percibir, siquiera, el gusto que tiene ese líquido verde y transparente. En realidad, el gusto del líquido verde es agradable, es una mezcla que reúne los sabores del kiwi y la uva. Pero no es ni kiwi ni uva. Son esencias artificiales, son apenas sabores químicos, sintéticos. Por cierto, lo que habrá en la jarra no será sólo el agua saborizada con kiwi y con uva, de color verde, sudada en su exterior, para suscitar el deseo irresistible de tomarla casi con desenfreno. No. Lo que habrá en la jarra, para que lo entiendas de una vez y antes de que empieces a hacer preguntas imbéciles, lo que habrá en la jarra, será un veneno que lo dejará tieso en unos cinco minutos. Muerto. Y me preguntarán por qué tanto tiempo, habiendo productos que actúan con mucha más rapidez. Te contesto para que no tengas ninguna duda: queremos que el tipo que va a tomar ese líquido verde transparente, con sabor a kiwi y a uva, sepa que va a morir en pocos minutos. Y para que no haya ningún malentendido, se lo vas a decir. No te calles esa minucia. Con fuerza, con decisión, con firmeza. Se lo vas a decir. Y no vas a fallar. Sólo la muerte paga por la vida. Y más si es

una multitud de vidas que se ha llevado consigo. Porque el tipo que va a tomar el líquido verde, con sabor a kiwi y uva, que está en la jarra sudada, ese tipo es el que puso las bombas en el segundo piso del edificio que destruyó hace exactamente una semana. La misericordia no existe para esta clase de personajes, que han hecho de la crueldad una forma sencilla de vida. La única que viven. Una crueldad que se alimenta de dolor ajeno y que no tiene remedio.

Ya lo sabes. No hay otra alternativa. Ese día hará mucho calor. El tipo te pedirá un poco de agua fresca. Seguramente te apuntará con un arma, el arma que lleva siempre. Una nueve milímetros. Toda pintada de negro. La lleva en la cintura, del lado izquierdo. Es derecho para empuñar el arma. Va a desembocar en tu departamento porque será el único que tenga la puerta entreabierta en el momento en el que él pase. Eso será después de que haya estado con una mujer, en el departamento contiguo al tuyo. Allí hará un negocio, beberá mucho alcohol y, cuando salga, no querrá regresar al departamento en donde estuvo, porque el negocio será adverso para él. No le conviene volver. Por eso sigue caminando por el pasillo que conduce hacia las escaleras, pero va a sentir mucho calor y mucha sed. Y como va a encontrar tu puerta entreabierta, porque la vas a dejar entreabierta adrede, tocará el timbre y, antes de que llegues, ya habrá desenfundado el arma, la tendrá en la mano derecha y cuando estés delante de él, te dirá que quiere agua fresca. No te negarás. No dirás palabras innecesarias. Él te apuntará y te hará entrar a tu departamento, con una violencia mínima, pero te forzará a que le hagas caso en todo lo que te diga y te pida. Antes, cerrará la puerta con una leve patada, para asegurarse de que no te vas a escapar fácilmente. Y te pedirá agua fresca. Le vas a ofrecer si quiere natural o de la que está en la heladera. Él te ordenará que le traigas la que está en la heladera, la más fría que tengas.



Entonces, no vas a titubear: lo vas a invitar a que tome asiento, y, mientras él se sienta en una de las sillas que están en la cocina comedor de tu departamento, caminarás hasta la heladera, lentamente, abrirás la puerta, sacarás la jarra con el líquido verde transparente, con gusto a kiwi y uva, lo dejarás con cuidado sobre la mesa, en el costado derecho del tipo que ahora tiene el arma en la mano, y buscarás en la alacena un vaso grande en el que quepa mucho líquido verde transparente. Será un vaso transparente, incoloro, para que el efecto del líquido sea inmediato. El tipo te va a pedir que le sirvas el líquido frío y verde en el vaso, hasta arriba, te va a decir. Y te va a preguntar qué es. Con una violencia en crecimiento, te lo va a preguntar. Y le vas a responder con la verdad: es agua saborizada con gusto a kiwi y a uva, para tapar el gusto del veneno. Eso le vas a decir. El tipo te va a mirar con los ojos desmesuradamente abiertos. Hará un breve silencio, y antes de pensar en nada, largará una carcajada, mostrando la boca gigantesca y unos dientes descalabrados pero enteros y amarillentos. Fumó durante muchos años. El médico le dijo que dejara de fumar, porque tuvo que operarlo de urgencia de un enfisema pulmonar. El médico le salvó la vida, pero el tipo lo mató igualmente. Las fauces abiertas y los dientes descalabrados y amarillentos te harán recordar a un hipopótamo bostezando. Pero no

te vas a reír, para no motivar la ira absurda del tipo. Después, cuando hayas corroborado que esté muerto, y hayas bajado las escaleras dejándolo adentro del departamento, tirado como un trapo sucio, después podrás reírte todo lo que quieras.

Ya lo sabes. Abrirá la boca y echará adentro todo el contenido del vaso con el líquido verde transparente, con sabor a kiwi y uva, y lo llevará hasta el fondo de su estómago de un solo trago. Al principio, no va a sentir nada más que alivio a la sed. Eso lo motivará a servirse él mismo otro vaso entero del líquido verde transparente. Te va a mirar y, con absoluta vulgaridad, te va a preguntar qué estás mirando. Sin que un solo músculo de tu rostro se moleste en desplazarse de su lugar, le vas a decir que estás mirando cómo la muerte lo invade desde adentro hacia afuera. El tipo se va a reír, nuevamente, y, nuevamente, va a verter el segundo vaso de líquido verde transparente en su boca abierta de forma inhumana. Y el líquido verde va a recorrer la boca, el esófago y va a llegar hasta el estómago. Pero ya no va a reír satisfecho y aliviado en su sed, sino que va a experimentar el primer síntoma: un retorcijón muy fuerte en su estómago, como si estuvieran haciendo un nudo con el estómago del tipo. No te alarmes ni te asustes: al principio se va a tomar el estómago con las manos, por eso el arma no será usada en tu

contra. Después, se le va a caer de la mano, porque empezará a sentir una fría rigidez en los dedos, que le impedirá cerrar el puño del todo: la mano quedará como una garra, y la pistola caerá al piso. Con el pie, la vas a alejar del tipo que también caerá al piso, y quedará doblado en dos, de costado. No será de lo mejor, porque de su boca empezará a manar un líquido mezcla del líquido verde transparente, del que tomó dos vasos, y de su propia sangre. El veneno que le diste, le reventó el sistema de irrigación sanguínea del estómago. Seguramente, será algo feo.

Ya lo sabes. En ese momento, te vas a acercar al tipo, que está tirado en el piso, a punto de dejar de respirar, con

los ojos desmesuradamente abiertos, tu boca llegará hasta la cercanía de uno de sus oídos y le vas a decir: la muerte se paga con la vida. Y te pondrás los guantes de látex, tomarás la pistola que estaba a un costado del tipo, harás que te mire de frente, y vaciarás el cargador en su rostro. Dejarás el arma al lado del tipo, en el suelo, apagarás las luces, cerrarás la puerta del departamento con llave y saldrás a la calle.

Ya lo sabes: es un ritual del que nadie puede prescindir.

TN

Daniel Teobaldi

Nació en Córdoba, Argentina, en 1962. Es escritor y profesor. Doctor en Letras Modernas, ejerce la docencia universitaria. Ha publicado estudios de crítica literaria. Como escritor, ha publicado las novelas *Un lento crepúsculo*, *El final de la noche*, *El testigo impenitente*, *El fulgor de la niebla*, *Los espejos vacíos*, y libros de cuentos: *Los oficios inciertos*, *La otra mirada*, *Escrito en el aire*, *El ejercicio del estilo*, *El hilo del viento*, *La vacilación*. Colabora en el Encuentro Córdoba Mata, de literatura negra y policial, desde su primera edición.



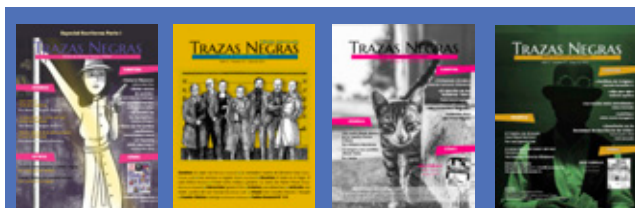


Furia de invierno

de Perla Suez

Luque, el personaje principal de esta novela, huye, como todos, de un pasado que lo cuestiona, lo persigue y al mismo tiempo no lo deja ir hacia adelante. Muchas fantasías, muchos fantasmas lo acompañan. Luque lucha denodadamente por olvidar y lo hace huyendo, en busca de su destino. Llega a Paraguay, donde vive un primo, un lugar que parece ser el mejor destino a elegir. Pero ese pasado que vuelve lo amenaza permanentemente y esa posibilidad fracasa. Sigue huyendo, esta vez hacia Ciudad del Este, lugar donde le dicen que hay mucho trabajo y puede establecerse para prosperar. Lugar donde impera la muerte, donde las leyes no son tan estrictas y tiene la sensación de que allí podrá sentar cabeza. Allí conoce una mujer. Percibe que se enamora y es correspondido. Sin embargo, no todo lo que parece es la realidad. El resto es un largo viaje en camión hacia Buenos Aires con una carga insospechada, tremenda, apocalíptica.

Furia de invierno tiene todas las características de una novela negra con una fuerte carga onírica. Sin llegar a ser un libro de género, es un relato estremecedor. Tan absorbente, tan bien escrito, con una trama perfecta que nos conduce sin respiro hasta la página final, donde se desata un apocalipsis totalmente inesperado. **TN**



TRAZAS NEGRAS

Disponibles en: www.delibros.cl

Esa mañana ha debido ser. Bien temprano, antes de que soltaran a los perros, escribe la mujer.

Sólo un imbécil tendría el atrevimiento de desafiar la furia de esos dos animales los lunes por la mañana, cuando el hacendado viaja a la capital; o sea, después de haberlos mantenido encerrados en la perrera todo el fin de semana, sin ofrecerles nada más agua para que aguanten hasta su retorno, el lunes por la noche, que es cuando vuelve a alimentarlos, escribe la mujer.

Entonces, tuvo que haber entrado al amparo de las sombras, recorriendo el parque de modo que sus olores, que su miedo no llegara hasta la perrera, para abortar los ladridos, hasta alcanzar la puerta de servicio. Seguro tenía un juego de llaves: Raquel, la mucama nueva, tan ingenua, se las habrá provisto ignorando la gravedad del caso. Se tiene que haber deslizado de ese modo, como un asaltante nocturno y se habrá ocultado en el pequeño depósito que mandó construir el hacendado para aprovechar el hueco de la escalera; ese en el cual se guardan únicamente las valijas usadas en una sola ocasión al año, cuando se viaja al mar. Quizás sabía también eso por Raquel o quizás no; puede que se tratara de una peripecia tramada desde hacía tiempo atrás, meses especulando y claudicando, hasta que un hecho fortuito le hizo comprender que no podía continuar dilatándolo más para no ahogarse de modo definitivo en la espera, escribe la mujer.

Desde allí, habrá auscultado los primeros ruidos de la casa: el rechinar de los resortes cuando el hacendado se sentó sobre la cama, apoyando los pies, con dureza, sobre el entablonado, con el único propósito de molestar a su mujer, aun cuando ella se limitara a volver su cuerpo

hacia el otro lado y a prolongar su ronquido sordo y espasmódico. Luego, la taza que quebró Raquel en el fregadero, desesperada porque no sabía si el café que le quedaba caliente sería el necesario para llenar otra, y el chirrido del pan que se tostaba, y los gemidos apagados en el cuarto de la niña, inquieta por alguna pesadilla, escribe la mujer.

La mujer interrumpe la escritura. Ha preferido escribir allí, sentada en uno de los sillones ubicados junto al ventanal, en lugar de ocupar la mesa de la biblioteca. Es difícil escribir, piensa la mujer. Sobre todo para una mujer, piensa.

Ha mirado el reloj. Son las ocho y veinticinco. La mujer cierra el cuaderno, lo guarda en el primer cajón de su mesa de noche y baja a desayunar.

Javier, su marido, ya está bebiendo su café. La saluda con un beso. Protesta. Otra vez Raquel se lo ha servido apenas tibio. Habría que pensar en reemplazarla. La mujer opina que no. Atiende tan bien a Alejandra, dice la mujer. El hombre responde con un suspiro de fastidio. El té de la mujer también está frío. Pero la mujer prefiere no hacerlo notar. En cambio, se sirve un vaso de jugo de naranjas. Prepara dos tostadas, una con manteca y mermelada de duraznos, para el hombre; la otra, con queso descremado, para ella.

Javier prosigue la lectura del periódico. ¿Alguna novedad?, pregunta la mujer, con un tono que desnuda su desinterés. Lo de siempre, dice su marido.

Raquel ingresa al comedor para informar que la bebé todavía duerme. No la consienta, dice Javier, con voz despectiva. Y eso de bebé..., dice, además. Ya tiene dos

¹ Seleccionado como Primer Finalista en el XXVI Concurso Internacional de Relatos Semana Negra (accésit), en Gijón (España) bajo el seudónimo de Elmer Córdoba. Publicado en A Quemarropa N° 6, Diario de la Semana Negra de Gijón, 10 de julio de 2013.

años. Es que anoche el catarro la tuvo a mal traer, argumenta Raquel. Seguramente el cambio de estación, agrega. Está bien, dice la mujer. Déjela dormir una hora más.

La mujer le pregunta por su trabajo. Todo bien, explica Javier. Excepto por Bermúdez, recién ascendido a tesorero. Su trabajo se ha duplicado. Tiene que estar pendiente de que el otro cambie las claves periódicamente, de que recuerde activar la cronométrica, de que haga firmar los partes de caja. Un inútil, dice, aunque sabe que a ella le molesta. O, justamente, porque sabe que a ella le molesta. La mujer aprecia a Bermúdez y su familia mantiene amistad con el tío que trabaja en la Casa Matriz, el que le consiguió el ascenso a la bestia esa.

Javier se pone de pie. Me voy, dice. Besa a la mujer. Apenas transpone la puerta de calle enciende el primer cigarrillo.

No me gusta que lo menosprecie a Alberto de esa manera. No será tan inoperante como él se esfuerza en presentarlo, Javier tan puntilloso en lo que se refiere al Banco.

Luego, la taza que quebró Raquel en el fregadero, desesperada porque no sabía si el café que le quedaba caliente sería el necesario como para llenar otra, y el chirrido del pan que se tostaba, y los gemidos apagados en el cuarto de la niña, inquieta por alguna pesadilla, lee la mujer.

El hombre estaba ahí y sabía que debía permanecer hasta escuchar los sonidos que le indicaran el momento apropiado para abandonar su escondite. Entre tanto, estaría recordando aquella tarde en que comprobó que el hacendado se ocuparía de transformar su vida en un infierno. Y el hombre, acuciado, con la espalda doblada en dos, porque tenía una estatura considerable, pensaría en Sartre. El hacendado es mi infierno pensaría el hombre, lee la mujer.

Sí, seguro se estaría acordando de aquella tarde fría y nubosa, todos reunidos allí, en la larga galería de la casa del hacendado, tomando vermouth, algunos; whisky, otros y las mujeres un vino dulzón. Todo de excelente calidad porque el hacendado contaba con una bodega envidiable, con una vida envidiable, con una mujer envidiable —el cazador furtivo había ignorado, hasta ese momento, que la mujer roncara como un peón de campo—. La humedad y el alcohol y la vecindad de los cuerpos, fueron los factores que le dieron al hacendado la oportunidad que vendría calibrando desde hacía rato. Desde que su esposa lo invitó por primera vez a la casa. Ella siempre tan atenta con los nuevos profesionales que llegaban desde la capital

a establecerse en ese pueblo de mierda, como decía el hacendado; ese pueblo de mierda en el cual lo único que tenía cierto valor era su propiedad. Sobre todo, si se trataba de tipos algo desvalidos, esa raza que parecía escoger su esposa para compensar la saludable energía del hacendado. Su esposa tan propensa a ocuparse de la consolación o del psicoanálisis y a quien no le bastaban las novelas de Corín Tellado para alimentar su estupidez. Por eso devoraba con ansiedad historias de hombres quebrados moralmente, de hombres condenados por una cadena inalterable de adioses, de hombres indolentes que no tenían entre las piernas lo que hay que tener para conservar el cuerpo de una hembra bien hembra, lee la mujer.

Fue eso, la proximidad de los cuerpos, el alcohol, la tarde fría y nubosa, lo que le dio al hacendado la oportunidad de asestar el primer golpe, lee la mujer.

La mujer interrumpe la lectura. Habitualmente prefiere leer allí, en el confortable sillón de cuero. Le desagrada la vastedad oscura de la biblioteca. Es difícil leer, piensa la mujer. Sobre todo para una mujer, piensa.

Ha mirado el reloj. Son las veintiuna. Sube hasta su habitación a cambiarse de ropa. En media hora, no más, llegará su marido. Esa noche cenarán fuera.

Tal vez debería contarle a su marido. El ahogo sutil que la domina en cada ocasión en la cual vuelve a leer esa historia. Tan simple como quemar el cuaderno, le respondería su marido, piensa la mujer. Por eso no lo hace.

Tal vez debería pedirle que la ayudara a desprenderse de sus fantasmas. Del mismo ahogo que sufrieron las dos, hace tanto tiempo, pero tan cerca, en el aeropuerto. Cuando se encontraron con el hombrecito del traje gris. El hombrecito que se atrevió a mirarlas a las dos a los ojos, a escrutarlas con esa mirada en la que se sumaban la soberbia y el desprecio.

No, piensa la mujer. Su marido es un hombre práctico. Él mismo se ocuparía de destruir el cuaderno. Y eso no corresponde. Eso sería darle la razón al hombrecito del traje gris, que quizás las divisó previamente, desde cierta distancia que le hubiera permitido eludirlas y, en cambio, adrede, provocó que se toparan. Esa debía ser parte de su trama, también. Que lo vieran antes de abordar el avión que lo llevaría a Europa. El hombrecito del traje gris que lo había calculado todo. Que colocaba, impiadoso, el último cerrojo.

Fue eso, la proximidad de los cuerpos, el alcohol, la tarde fría y nubosa, lo que le dio al hacendado la oportunidad de asestar el primer golpe. Fue entonces, mientras

discutían acerca de Peretti, el hombre que había regresado al pueblo, luego de tantos años, para montar un prostíbulo. La mujer de Ordóñez sostenía que era un escándalo, el abogado Reyes explicaba que el tipo había hecho las cosas muy bien, tenía todos los permisos y las habilitaciones, Ana maldecía por su actitud provocativa, haber instalado el lenocinio justamente allí, a escasos doscientos metros de la plaza principal, el profesor Rossi recomendaba la lectura de Juntacadáveres y el hacendado agregó eso. Que al hombre seguramente no lo afectaba la cuestión, qué le van a interesar a este las putas si es impotente, dijo el hacendado. Él se ruborizó. Las risas se generalizaron. Él no supo qué argumentar. Lo único que atinó a hacer fue mirarla a ella, a la mujer del hacendado, con todo el dolor de un hombre traicionado. Después, con el rostro aún enrojecido por la vergüenza, se retiró sin saludar. Acompañado por un coro de carcajadas feroces. Esas imperfecciones no se perdonan en un pueblo como ese, en un pueblo de mierda, como dice el hacendado, escribe la mujer.

De esa tarde se estaría acordando el hombre, hasta que escuchó el sonido de la puerta de calle al cerrarse, el del motor del auto y el paso inquieto de los perros por el parque, escribe la mujer.

En ese momento, la mujer se ve interrumpida por el teléfono. ¿Cómo?, dice la mujer. Pero..., dice. ¿Está seguro?, dice. Entonces cuelga el auricular y se derrumba en el sillón.

Era el momento de abandonar el escondite. Otra vez sigiloso, el hombre se encamina hacia la cocina. Desde el umbral la ve a Raquel, inclinada sobre la mesada, cortan-

do más pan para tostarlo. El hombre debe pensar que es una lástima, pero no quiere dejar testigos. Es muy rápido. La toma por la cabeza, tapándole la boca, y le hunde el puñal a la altura de los riñones. Después, sube las escaleras. Ahora va a ser más fácil, murmura el hombre. Cuando se ha cobrado la primera muerte es mucho más fácil, lee la mujer.

¿Leyendo?, se sorprende el marido que acaba de salir del baño. Pensé que habías dicho que estabas fatigada. La mujer le dice que sí, que lo está. Pero tenía que terminar de leer, le dice. Vos no lo entenderías le dice y deja el cuaderno sobre la mesa de noche, y apaga el velador, y se vuelve sobre la cama, dándole las espaldas, y disimula el sollozo, la mujer.

Fue un solo disparo. Seco y rápido. Un orificio tremendo en la frente. Javier, el gerente cayó de inmediato al suelo. La sangre le manchó el rostro. Y el traje gris de Bermúdez, quien se quedó ahí, mirando al muerto. Después arrojó la pistola al suelo. Se tumbó al lado del cadáver. Comenzó a llorar. Como un chico comenzó a llorar. Eso le dijeron por teléfono a la mujer del gerente.

La mujer prosigue disimulando sus sollozos. Se acuerda de los terrones de tierra que arrojaban sobre el ataúd. Su primer entierro, piensa la mujer. Se acuerda otra vez del hombrecito de traje gris en el aeropuerto, luego de tres años en una institución psiquiátrica. Se acuerda de la desesperación de su madre. El gerente acusado de fraude. Los muertos no tienen abogado defensor. Y menos todavía un muerto como ese, absolutamente expuesto a los cálculos inefables del hombrecito de traje gris. TN

Enrique Aurora

Docente universitario y coordinador de talleres literarios. Es autor de las novelas *La doble muerte de Pablo D.* (Ediciones Llanto de Mudo, 2014), *Un testigo complaciente* (Editorial Ácrux, 2012), *Lectura Perpetua* (Ediciones del Copista, 2005) y *Una noche seca y caliente* (Alción Editora, 1994), y de los libros de cuentos *La noche en que Rita Hayworth estremeció a Vincent van Gogh* (Ediciones del Copista, 2001) y *Con una red de cazar mariposas y otros relatos* (Editorial de la Municipalidad de Córdoba, 1996).



Las malas

de Camila Sosa Villada



Las malas es una historia de seres marginales que transcurre en lugares no frecuentados por los burgueses que habitan las grandes metrópolis del mundo y sin embargo son hostilizados permanentemente con discriminación, violencia y muerte. Una historia que desborda ternura desarrollada en un medio urbano en el que no son aceptados y por eso mismo discriminados: una historia de travestis haciendo de las suyas. Amando, sufriendo, llorando, ganándose el sustento diario a como venga. Ella misma, Camila Sosa Villada, una travesti que cuenta su llegada a Córdoba desde un pueblo del interior para estudiar en la universidad. Y la cuenta desde adentro de una comunidad a la que finalmente adhiere con fervor. Cuenta cómo fue una noche, muerta de miedo, a espiar a las travestis del Parque Sarmiento y a partir de ese momento sintió que ese era su lugar en el mundo. *Las malas* es una novela de iniciación pero también de terror y una visita guiada al interior de una comunidad autosuficiente que ha aprendido a vivir en la marginalidad. Una fotografía grupal, una declaración de amor y un viaje alucinante por la imaginación de su autora y un paseo por la ciudad totalmente diferente. Habiendo sido publicada en 2019, tuvo ocho reimpresiones en 2020, obtuvo el premio Sor Juana Inés de la Cruz y fue traducida al alemán, francés, noruego y croata.

Las malas (fragmento)

«Es profunda la noche: hiela sobre el Parque. Árboles muy antiguos, que acaban de perder sus hojas, parecen suplicar al cielo algo indescifrable pero vital para la vegetación. Un grupo de travestis hace su ronda. Van amparadas por la arboleda. Parecen parte de un mismo organismo, células de un mismo animal. Se mueven así, como si fueran manada. Los clientes pasan en sus automóviles, disminuyen la velocidad al ver al grupo y, de entre todas las travestis, eligen a una que llaman con un gesto. La elegida acude al llamado. Así es noche tras noche. El Parque Sarmiento se encuentra en el corazón de la ciudad. Un gran pulmón verde, con un zoológico y un Parque de diversiones. Por las noches se torna salvaje. Las travestis esperan bajo las ramas o delante de los automóviles, pasean su hechizo por la boca del lobo, frente a la estatua del Dante, la histórica estatua que da nombre a esa avenida. Las travestis trepan cada noche desde ese infierno del que nadie escribe, para devolver la primavera al mundo. Con este grupo de travestis también está una embarazada, la única nacida mujer entre todas. Las demás, las travestis, se han transformado a sí mismas para serlo. En la comarca de travestis del Parque, ella es la diferente, esa mujer embarazada que repite desde siempre el mismo chiste: tomar

por sorpresa la entrepiepierna de las travestis. Ahora mismo lo hace y todas ríen a carcajadas.

El frío no detiene la caravana de travestis. Una petaca de whisky va de mano en mano, papeles de cocaína visitan una a una todas las narices, algunas enormes y naturales, otras pequeñas y operadas. Lo que la naturaleza no te da, el infierno te lo presta. Ahí, en ese Parque contiguo al centro de la ciudad, el cuerpo de las travestis toma prestado del infierno la sustancia de su hechizo. La Tía Encarna participa del aquelarre con un entusiasmo feroz. Está exultante después de la merca. Se sabe eterna, se sabe invulnerable como un antiguo ídolo de piedra. Pero algo que viene de la noche y del frío convoca su atención, la separa de sus amigas. Desde la espesura algo la llama. Entre las risas y el whisky que viene y que va de una boca pintada a otra, entre los bocinazos de los que pasan buscando un turno de felicidad con las travestis, La Tía Encarna distingue un sonido de otra procedencia, emitido por algo o alguien que no es como el resto de las personas que aquí vemos. Las otras travestis siguen la ronda sin prestar atención a los movimientos de Encarna. Anda desmemoriada La Tía, cuenta una y otra vez las mismas viejas anécdotas...» TN

Lucio Yudicello:

Pintura heroica y humorismo angélico en una admirable novela

Por Marcelo Caruso

—Quince años después de su primera edición, ¿qué tiene este libro, a tu juicio, para interpelarnos en el presente?

—Creo que tu pregunta no admite una respuesta unívoca o, en todo caso, yo no estoy en condiciones de darla, pero podría arriesgar un par de aproximaciones. En principio, y apelando a una suerte de simplificación, te diría que la novela se mueve en dos planos aparentemente diferentes: el social y el individual. Y te hablo de simplificación y apariencia porque, en rigor, creo que en su desarrollo se muestra cómo esta supuesta dualidad no es tal, en tanto todo se va imbricando en una dinámica que impide separar ambas cosas. No obstante, suponiendo que esta distinción fuera aceptable, puedo decirte que, por desgracia, varios hechos o circunstancias imaginadas en la novela en el terreno social se cumplieron con desafortunada puntualidad, a saber: especulaciones inmobiliarias que, aprovechando esas zonas fronterizas en lo territorial (ámbitos donde no está claro si la regulación es nacional, provincial o municipal) o en lo legal (lagunas, vacíos o imprecisiones jurídicas) realizaron mega emprendimientos (barrios privados u obras faraónicas) que concluyeron inundando los humildes barrios colindantes, provocando desastres como los que describe la novela. Todo ello con esa amplia gama de complicidades que, a riesgo de ser tedioso, describo minuciosamente en la novela y que acaso no solo se repiten a diario en nuestro mundo actual, sino que se han potenciado aún. Por otra parte, supongo que también nos interpelan las angustias, deseos, esperanzas y frustraciones de sus personajes, que por momentos llevan la trama a un campo casi kafkiano por lo intimista, opresivo o disparatado, pero supongo

también universal e intemporal, pese a las particularidades. Y hay, finalmente, una zona donde lo social y lo individual convergen y creo que esa zona es la de la memoria colectiva, que sufriera tantos ultrajes, omisiones, enmiendas, distorsiones y sobre la que la novela trabaja desde diferentes ópticas: la histórico-racional, la onírica, la esperpéntica, etc., en el afán de restañar de alguna manera esas fisuras o lagunas. Pienso que todo ello continúa reclamándonos una actitud atenta, sensible y vigilante frente a lo que nos rodea.

—¿Cómo fue el armado del protagonista, Abelardo Pinto, un viudo tímido y sensible que vive con su suegra, sufre de hematomas, y ante cualquier problema o conflicto responde exudando sangre?

—Es interesante tu pregunta, en tanto alude a esa sutil alquimia que es la creación poética. Siempre recuerdo la expresión de Flaubert: «*Madame Bovary c' est moi*», dado que, en efecto, uno se proyecta en cada uno de los personajes, por lo que, en definitiva, cada uno de los personajes es, de alguna manera, el autor. Y no se trata, claro, de un proceso puramente intelectual, sino que en él intervienen las emociones, los recuerdos, los miedos, la intuición, los deseos y cierto tipo de percepciones difíciles de explicar racionalmente. Días pasados vi un documental donde Felipe Noé, el gran artista plástico, decía que, pese a su amor a la palabra, lo literario, lo conceptual, él jamás pudo verbalizar su visión pictórica. Lo que decía su pintura solo podía expresarlo la pintura misma. Pero bueno, quizá, dentro de las limitaciones señaladas, pudo haber tenido que ver, en este caso, una hemorragia interna que sufrí un tiempo antes de escribir el libro y a la que no le encontré

explicación alguna. El personaje de Herminia, suegra de Abelardo, por otra parte, tiene ciertos parentescos con mi propia suegra, ya fallecida, de modo que la exacerbación paródica de alguno de sus defectos puede haber constituido una modesta «venganza», je.

—**En Abelardo la timidez es casi paralizante.**

—Quizá sea otra proyección de algún costado de mi personalidad, y algunas de sus disparatadas reflexiones tal vez formen parte de esa suerte de pensamientos casi oníricos que, a veces, acompañan en silencio nuestra vida social: quiero decir, ese constante rumor de la mente, que budistas e hinduistas pretenden, con inmensos esfuerzos, controlar. Por eso, y hablando de lo onírico, seguramente habrás advertido el papel protagónico que, en el desarrollo de la trama, cumplen los sueños complementarios de Abelardo y Cecilia: uno sueña una parte de un universo que los involucra a ambos, y la otra otro sector de ese universo y de ese sueño. Esas extrañas percepciones de Abelardo le permiten internarse, por derroteros un poco insólitos, en ese barrio humilde, periférico, fronterizo con el campo, como lo hace frente a los cuadros y a las explicaciones del viejo Ponce, el pintor semiciego, que exhibe una galería de seres donde los andrajos y la depravación de la carne no privan a los personajes de cierta altivez, o bien mantener conversaciones singularísimas con Higinio, asistir a una curandera, escuchar a los carreros o formularse enérgicos cuestionamientos existenciales.

—**El «después usted sangra», puesto así, es un hallazgo. Pinta de cuerpo entero a ese personaje retraído, viudo que vive con la suegra, a quien llama mamá, que ama en silencio a la vecina, que reflexiona sobre la realidad con ironía y escepticismo, y expresa sus dolores desde el cuerpo. ¿Estás de acuerdo?**

—Así es. No encuentro mejor caracterización que la que has hecho. Añadiría, apenas, que Abelardo expresa desde el cuerpo no solamente sus dolores sino, en general, sus emociones. Por eso sus dedos sangran, casi imperceptiblemente, cuando rozan la cabeza del cervatillo, ese ser frágil y mágico, que aparece en la zona más pobre del barrio. El «después usted sangra» es una expresión que, tal como has señalado, opera de modo obsesivo y condicionante sobre el ánimo de Abelardo y refleja su fragilidad y dependencia con relación a Herminia, su suegra, quien se la endilga en forma admonitoria cada vez que Abelardo intenta hacer algo que ella reprueba. De algún modo, la

frase misma va marcando un ritmo en la novela y en la evolución emocional de Abelardo, que al principio la acepta con fatalismo, luego la cuestiona y, finalmente, se rebela contra ella, del mismo modo que se rebela contra todo lo que lo oprime y empequeñece. Bajo esta óptica, encuentro cierto parentesco entre El sangrador y las llamadas novelas de iniciación (aunque ellas por lo general refieran el tránsito de la infancia a la juventud o de la juventud a la adultez), en tanto, a más de la trama externa, para decirlo de algún modo, quizá lo más importante en mi novela sea la evolución y crecimiento emocional e intelectual de Abelardo al adentrarse en una realidad distinta a la acostumbrada, que minuto a minuto le revela aristas desconocidas y le presenta nuevos desafíos.

—**La pintura de los personajes no es caricaturesca, sino sagazmente piadosa y divertida, y por momentos lo cómico irrumpe en escena balanceando las partes más sesudas y, sobre todo, los pensamientos cultos de Abelardo, rara avis dentro del barrio. ¿Esto fue preconcebido o surgió naturalmente durante el desarrollo de la trama?**

Un poco de cada cosa, aunque siempre generado por la misma mirada. Acá tengo un libro que me viene como anillo al dedo para abordar este aspecto, porque creo que me sucedió algo similar a lo descrito por Marechal en el prólogo de su Adán Buenosayres. Dice Marechal, refiriéndose a los personajes de la obra: «...no ignoro que, si algunos se visten el traje de lo ridículo, lo hacen graciosamente y sin deshonor, en virtud de aquel “humorismo angélico” (así lo llamó Adán Buenosayres) gracias al cual también la sátira puede ser una forma de caridad, si se dirige a los humanos con la sonrisa que tal vez los ángeles esbozan ante la locura de los hombres». Pero también, un poquito antes, Marechal reconocía que sus personajes a veces «levantan una estatura heroica». ¿Y por qué no? La cotidianidad tal vez nos haga ver distancias que no existen. Es lo que mi personaje Abelardo intenta sugerir cuando, en medio del acampe y corte de ruta, pregunta: «¿Ustedes se creen que hay algo sustancialmente distinto entre esta pueblada y la entrega del sargento Cabral, la pelea del Che en Bolivia o la batalla de Argel?». Por más extravagantes o ridículos que parezcan algunos seres, no están impedidos de levantar «una estatura heroica», en palabras de Marechal. Tampoco de provocar la risa o la diversión. Y yo recuerdo haber sentido, desde las primeras páginas, que en ellas se encontraban no solo los elementos

que hacen a un tono narrativo sino también los que configuran una mirada de la realidad, vale decir una manera de percibir el mundo. Los personajes fueron apareciendo de una forma tan natural, que a veces pienso que mi único trabajo (tal como hace Abelardo en la novela) consistió en escucharlos con atención y reflexionar en aquello que me estaban diciendo. Y en relación a que Abelardo es una rara avis en el barrio, creo que los barrios albergan más raras avis de lo que se cree. Recuerdo, por ejemplo, a un señor que en un barrio periférico de Buenos Aires escribió, durante veinticuatro años, una novela estupenda llamada Negro el dolor del mundo, y lo hizo en el entropiso de su taller de lubricantes para autos.

—Gracias por el elogio... El barrio Los Ligustros, donde se desarrolla la novela, libra una lucha vecinal que convierte a Abelardo en líder. Hay como trasfondo el trazado de una ruta y un barrio privado, que provocan inundaciones y severos problemas cloacales. ¿Un fresco de los tiempos menemistas, y, a la vez, una idea desencantada de lo imposible del consenso y el acuerdo social cuando solo prima el interés?

—Ya que aludís al barrio, creo conveniente señalar que también el barrio, con su singular composición y heterogeneidad, juega un rol protagónico en la novela. Nuevamente aquí podemos hablar de alquimia, con lo que enlazo esta pregunta a la primera que me formulaste. A decir verdad, barrio Los Ligustros no existe, ni en Córdoba ni en ninguna otra parte, pero, en todo caso, lo más aproximado sería una fusión de Villa Libertador, un barrio bastante retirado y humilde de Córdoba Capital, donde tuve una suerte de asesoría legal gratuita para una fundación y Villa Cura Brochero, a ciento cincuenta kilómetros de allí, en el valle de Traslasierra, un pueblo en el que vivo desde hace veintisiete años. Ese barrio-pueblo imaginario es una zona de fronteras en la que convergen campo y ciudad, pasado y presente. Es un espacio distinto, extraño, pero creo que de alguna manera familiar para cualquier lector. Se presta, por tanto y simultáneamente, a un riguroso realismo y también a lo prodigioso. Entonces lo noble, lo heroico, lo disparatado y aún lo mágico no tienen por qué suceder lejos: pueden ocurrir allí mismo y en cualquier momento. Y respecto, concretamente, a tu pregunta, me parece que dar una respuesta cerrada sería un tanto reduccionista. Aquí voy a acudir a una reflexión de Sábato, que seguramente conocés, y es que si uno está en condiciones de explicar en pocas palabras el contenido de una novela, también está indicando que algo

sobra allí: la explicación o la novela. Por eso prefiero dejar abierto el terreno de las conclusiones al lector.

—Por último, la escena de la escultura arranca carcajadas, la escena del que se ahoga, en cambio, pone todo en una dimensión más oscura y enigmática, preanuncio, quizá, de lo que sucede con Higinio, otro de los personajes, al final. En tu opinión, ¿cuál de estos aspectos resulta más preponderante en la obra?

—No me atrevería a hablar de preponderancia sino, en todo caso, de complementariedad. La chifladura de Higinio, por ejemplo, contiene ambas cosas: lo dramático y aún lo esotérico, pero también lo hilarante. Las reflexiones y observaciones de Abelardo, el pintoresquismo de Zampanó o Pardal, las búsquedas plásticas del viejo Ponce y su particular sentido del humor, etc. creo que muestran una conjunción de estos elementos y, ya que mencionás la palabra dimensión, te diría que, en realidad, se trata de componentes diversos de una misma dimensión y de diferentes maneras de intentar aprehender el sentido de esta vida y del mundo que nos rodea.

TN

Lucio Yudicello (Córdoba, 1950)



Ha publicado numerosos ensayos y narraciones en diarios y revistas de Argentina y España. En 1971 obtuvo el 1º Premio de cuento, medalla de oro de la Sociedad Argentina de Escritores. En 1972, el de Ensayo Sociedad de Escritores de Santa Fe; Concurso Nacional Leopoldo Marechal, 1974; Premio Especial Nueva Acrópolis de España, 1978, etc. En 1985 publicó su primera novela, *El derrumbe*, con el apoyo del Fondo Nacional de las Artes. Su novela *Las voces* obtuvo en ese género el Premio «30º Aniversario del Fondo Nacional de las Artes» (1988) y fue publicada en 1991. Participó en el proyecto Decamerón Cordobés. Fue codirector de la serie de novelas policiales latinoamericanas Tinta roja y coorganizador de las seis ediciones del Encuentro Internacional de Literatura Negra y Policial Córdoba Mata. Su novela *El Sangrador*, dos veces finalista del Premio Clarín, publicada en 2006 y reeditada en 2021 por Gogol Ediciones, es el objeto de este reportaje.



El sangrador

de Lucio Yudicello

No es casual que el primer nombre que se nos viene a la mente al enterarnos de alguien que —cosa de creer o reventar— transpira sangre, sea el de Jesús de Nazaret. No es casual porque el Abelardo Pinto protagonista absoluto de estas páginas también se encuentra en su Getsemaní, pidiéndole a Dios o a quien pueda ayudarlo que se aparte de él ese cáliz, ese hierro caliente que sabe ser el liderzazo de una lucha a entablar. El ir al frente delante de un grupo. Para después quedarse solos. Abandonados. A merced de los demás. Tanto el Cristo roto en el huerto de los olivos como Abelardo Pinto en el barrio Los Ligustros rezan y sangran porque conocen muy bien como sigue la historia. Saben que van a ser crucificados. Y eso es lo que cuenta en este evangelio San Lucio Yudicello, escritor de mi devoción.

Leonardo Oyola

Un niño se explica el viento porque los árboles mueven el aire con sus ramas. Lo que manda es la mirada. Esa es la clave de *El Sangrador*. Una mirada donde lo cotidiano ocupa el mismo lugar que lo maravilloso, sin contradicciones. Pocas, muy pocas veces, la prosa consigue empardar con la poesía, y esta novela es una de ellas.

Raúl Argemi

Un libro encantador. Hay una extraña mezcla de grotesco con reflexiones muy difícil de lograr. Más el lirismo casi anacrónico de Abelardo y sus sangrados, que enhebran la trama de manera silenciosa pero contundente. La pintura de los personajes no es caricaturesca, sino sagazmente piadosa y cómica, y por momentos lo cómico irrumpe en escena balanceando las partes más sesudas y, sobre todo, los pensamientos cultos de Abelardo, rara avis dentro del barrio. La burocracia municipal cabe en la categoría de perversa y le otorga un matiz adicional al grotesco general. El «después usted sangra», puesto así, es un hallazgo. Pinta de cuerpo entero a ese personaje retraído, viudo que vive con la suegra, que ama en silencio a la vecina, que reflexiona sobre la realidad con ironía y escepticismo, y expresa sus dolores desde el cuerpo. Rara, original, rica en matices, se lee de un tirón. La escena de la escultura arranca carcajadas, la escena del que se ahoga, en cambio, pone todo en una dimensión más oscura y enigmática, preanuncio, quizá, de lo que sucede con Higinio, al final.

Marcelo Caruso

Anillo del Caribe

Por Esteban Llamosas

¿Creen en el destino, le prestan atención a esas cosas? Antes del resplandor que me llevó al fondo del mar, nuestra vida estaba quebrada. Conviene que lo sepan.

Decidimos el viaje en la mesa de la cocina, una tarde de junio, para escapar hacia adelante. Carolina me había preguntado otra vez por qué, y otra vez, no pude contestarle. Las cosas habían pasado y aunque deseaba borrarlas con todas mis fuerzas, no podía hacerlo. Ella había llorado, sin los reproches iniciales, y había regresado al silencio hostil que dominaba la casa desde hacía semanas. Propuse lo del viaje y me sentí estúpido y frívolo. Pensé que me diría que el Caribe no solucionaría nada, que su desilusión viajaría con ella. Pero al cabo de unas horas, sin entusiasmo ni razones, respondió que sí.

Los días que siguieron fueron urgentes, porque nos aferramos a esa posibilidad de restauración como si fuese

la última que tendríamos. Revisamos destinos, reservamos y cancelamos vuelos, armamos y desarmamos itinerarios, hasta que nos decidimos. Un mes después de la propuesta despegamos rumbo al Caribe.

Llegamos al hotel una madrugada húmeda. Una línea de luz asomaba sobre las palmeras que rodeaban el edificio de nombre inglés. Después de la bienvenida ostentosa del conserje, tres mulatos con maracas nos regalaron una canción local. Carolina tomó mi mano sin mirarme, y en ese ambiente irreal y cálido, creí que las cosas volvían a tener sentido.

Por unos días fuimos felices. Tal vez el mar tibio, los tragos bajo los atardeceres rojos, los nuevos amigos dispuestos a la conversación liviana; o tal vez la burbuja de olvido que nos empeñábamos en habitar, hicieron que confiara en un reinicio. Entonces vi el resplandor.



La mañana del quinto día, por sugerencia del conserje, contratamos una excursión a Isla del Brujo, un paraíso a pocos minutos del hotel. Cuando la lancha se detuvo en el mar transparente, ante la traza irregular de la costa, fui el primero en recibir las antiparras para bucear. Pero no fueron los peces prometidos ni los corales azulinos lo que percibí desde el borde del barquito. Fue un destello metálico en el lecho marino, un fognazo en los ojos. Así que me zambullí, aguanté la respiración y volví a emerger con un pequeño objeto en la mano. Carolina, que se había lanzado poco después, flotaba junto a mí. Al abrir el puño, vimos el anillo. Un aro ancho, macizo y plateado. En su interior había una inscripción. Buceamos unos minutos, regresamos a la lancha y lo revisamos.

«Es un anillo de bodas», dijo Carolina, al identificar dos letras entrelazadas. «M y L», dije; «M y C», repuso ella. El lazo que formaban no permitía certezas. Pensé en devolverlo al mar, pero Carolina me detuvo con un gesto y lo conservé en el puño. Ahora no estoy seguro de si ese gesto existió; en ese momento creí que era un ruego. De regreso al hotel nos embargó la tristeza. Imaginamos una pareja de recién casados, un descuido, una discusión.

Esa noche, al bajar a cenar, nos sorprendió una conversación en el comedor. Dos hombres se burlaban de la desesperación de otro, de un tipo que había perdido un anillo. Carolina los interrumpió y les preguntó quién era ese hombre. Algo incómodos le contestaron que no sabían, que lo habían visto conversar con el conserje. La seguí a la recepción, caminaba con una decisión desconocida. Cuando le preguntó al conserje, éste dijo «lo recuerdo perfectamente». La mañana del día anterior, un tipo angustiado, junto a su mujer, le había preguntado si alguien había encontrado su anillo de bodas. No sabía dónde lo había perdido. Su preocupación parecía excesiva, la reacción de un hombre inestable. Su mujer lo miraba incrédula. Carolina cortó su relato y le explicó que teníamos ese anillo, que lo habíamos hallado en el fondo del mar, en la Isla del Brujo. «Yo les vendí esa excursión, fueron allá hace tres días», repuso con asombro. Lo que siguió fue un coro atropellado, en que los tres hablamos con un entusiasmo infantil. Supimos que se llamaban Marcelo y Celina («¡era una ce!», exclamó Carolina con sorna), que tenían poco más de treinta años y eran argentinos. Ese entusiasmo se desbarató cuando el conserje pronunció, con cierta desazón impostada, que habían dejado el hotel «ayer por la tarde». Carolina enmudeció, como si le hubieran dado la peor noticia del mundo. «Suerte maldita, si quieren me lo dejen», expresó el con-

serje cerrando la conversación. Pero vi el rostro de mi esposa (y no uso esta palabra porque sí, sentí que allí, otra vez, estaba mi esposa), percibí su fragilidad, entreví la posibilidad de que nuestro reinicio naufragara. Así que le respondí que no, y con la misma sensación que tuve al proponerle el viaje, le aseguré a Carolina que devolveríamos el anillo a sus dueños.

Si los primeros días habían sido buenos, los últimos fueron mejores. Hicimos el amor después de meses, dormimos abrazados, y la última noche, lloramos como chicos en el show de despedida que ofrecía el hotel. Teníamos una meta, una misión que nos ennoblecía.

El conserje nos anotó los apellidos, la dirección y un teléfono de Marcelo y Celina. Eran de Colonia Cerviño, un pueblito de la provincia de Buenos Aires.

Al llegar a casa, cansados por el viaje, lo primero que hicimos fue llamarlos. Pegados al celular, una y otra vez, escuchamos que el número estaba «fuera de servicio». Sin desarmar las valijas encendimos la computadora y los buscamos en las redes sociales. Él no tenía cuentas, ella sí. «Celina Ballario, 31 años, empleada administrativa». Su perfil decía poco, apenas que en su empresa vendían maquinaria agrícola y le gustaba bailar. En una de las escasas fotos, aparecía sola y sonriente, en bikini, sobre la lancha anclada frente a Isla del Brujo. «El lugar de los hechos», pronunció Carolina melancólica.

Aunque era lo más lógico, consideramos «poco épico» (la frase fue mía) comunicarnos por Facebook. «Tenemos que ir», dije, y Carolina rió y me besó como si hubiese dicho una tontería. Pero sabíamos que no lo era, que ese viaje era nuestra única opción, porque en ese anillo, en su restitución, se cimentaba la recuperación de nuestro matrimonio. Su devolución, a partir de entonces, fue una obsesión. Colonia Cerviño estaba a quinientos kilómetros, sólo tenía un hotel y las rutas de acceso eran provinciales. Nada de eso importó. Resolvimos viajar un viernes, un mes después de nuestro regreso del Caribe.

Llegamos al pueblo por un camino rural que serpenteaba entre Junín y Chivilcoy. Pasamos frente a unos silos y cruzamos el arco de entrada. Vimos casas bajas, chicos en bicicleta, autos nuevos. Colonia Cerviño no era tan pequeña como imaginábamos. Nos detuvimos en la plaza, con la bandera en el mástil, sus banquitos recién pintados, y preguntamos por la calle que teníamos anotada. Nos sentimos observados y forasteros. Siguiendo las instrucciones atravesamos el pueblo. Varios carteles, con la foto del mismo hombre sonriente, nos llamaron la atención: Maquinarias Don Jorge, Tiendas Don Jorge,



Inmobiliaria Don Jorge. Nos reímos, sugerí que ese hombre debía ser el dueño de Colonia Cerviño. Poco después descubrimos, decepcionados, que la dirección de Marcelo y Celina era incorrecta. La calle finalizaba diez cuadras antes.

Desandamos el camino y buscamos el hotel. No fue difícil encontrarlo, cerca de la plaza. Tocamos el timbre y un viejito de rostro aburrido abrió la puerta. Al registrarnos, nos preguntó si éramos viajeros y Carolina le contó que buscábamos a Marcelo (dijo su apellido) y su esposa. «La chica Ballario, pobre», pronunció el viejo con expresión perdida. Una mujer se asomó por una puerta, nos observó y volvió a entrar. Sin expectativas, le dije al viejo que los habíamos conocido en su luna de miel y que debíamos devolverles algo. No parecía entendernos. «Luna de miel, qué raro», dijo y se persignó. Carolina le preguntó si los conocía y respondió que todos conocían a la hija de Don Jorge. La mujer reapareció, caminó frente a nosotros y salió del hotel. El viejo agregó que Marcelo trabajaba para su suegro y nos indicó las direcciones de su casa y del negocio.

«Ese viejo está medicado», dijo Carolina en la habitación. Saqué el anillo, que guardábamos en una bolsita

de seda. Mi esposa parecía triste, desconfiada de nuestra misión, así que le acaricié el pelo y le dije, «es el final del camino, vamos a devolverlo». Nos levantamos y salimos del hotel.

Por la hora, elegimos ir al trabajo. Antes de llegar nos preguntamos por qué el viejo habría dicho «pobre» al referirse a Celina y bromeamos sobre su aspecto enfermizo. La dirección indicada era la de Maquinarias Don Jorge. La foto del hombre, desde el cartel, parecía caernos encima. Entramos a un salón amplio que precedía a una vidriera con tractores. Una empleada se acercó a recibirnos y le pregunté por Marcelo. Cuando señaló a un muchacho delgado en la otra punta, retiré ansioso del bolsillo la bolsita de seda. Carolina comprendió primero que algo andaba mal y me apretó la mano. Marcelo hablaba con la mujer que había salido del hotel antes que nosotros, con expresión preocupada. Nos miró cómo implorando algo, pero esa sensación puede estar contaminada por lo que sucedió después. Nos quedamos quietos, sin saber qué hacer. Una chica joven se sumó a la conversación, levantó la voz un par de veces y se retiró enojada. Cuando pasó a nuestro lado la reconocimos, era Celina Ballario. Carolina me susurró, «salgamos», pero no podía hacerlo. Habíamos

llegado hasta allí y se me ocurría imposible no finalizar nuestra misión. Me planté ante Marcelo con la bolsita extendida. «Este es tu anillo de bodas, lo encontramos en la Isla del Brujo», pronuncié solemne y afectuoso al mismo tiempo. Todos los empleados nos miraban. Marcelo no reaccionó, parecía aturdido. Empezaba a atribuirlo a la sorpresa, a lo improbable de la situación, cuando uno de los empleados sacó su celular y se retiró para iniciar una llamada. Alcanzamos a escuchar, «no estaba en Buenos Aires». Marcelo balbuceó «disculpen» en un tono penoso y salió detrás de él. Al volverme, descubrí que Carolina me esperaba en la puerta, con el rostro sombrío. Entendí que nunca había caminado conmigo para devolver el anillo.

A pocas cuadras de allí nos sentamos en un bar de olor rancio y discutimos. «¿Para qué vinimos?», dijo. Yo no entendía, ni sus palabras ni lo que había sucedido en el negocio. Mi esposa sentía que la gente del bar nos vigilaba y nos fuimos pronto.

De vuelta en el hotel, le preguntamos al viejo por la mujer que había salido antes que nosotros. «Es mi hija, trabaja con Don Jorge», dijo orgulloso. «Tiene más tareas desde que murió Laura», agregó mientras se persignaba. Fui yo el que preguntó quién era Laura; Carolina permanecía callada, como si lo supiera todo. «Creí que venían por eso», habló el viejo, «a saludar al viudo». Ante mi desconcierto (mi cara de estúpido, dijo luego Carolina en la pieza), ese viejo que parecía enfermo nos explicó que

Laura, la «Ballario mayor», mano derecha de su padre, hacía tres semanas había resbalado inexplicablemente en su casa y muerto del golpe en la cabeza. «Una tragedia, el marido estaba con ella».

Subimos a la habitación y Carolina dijo que sus cosas estaban revueltas, que alguien había entrado. Para mí todo estaba igual y nos enfrentamos. Una pelea feroz, con insultos y humillaciones mutuas. «Sos igual que él, un mentiroso», dijo; «a lo mejor se resbaló de verdad», dije, aunque sabía que eso le importaba menos que el engaño; «nunca te perdoné», gritó; «andate a la mierda», grité yo.

Le pagué al viejo y salimos del hotel. Antes de subir al auto ya había decidido ir a la casa de Marcelo con el anillo. Para eso habíamos viajado, no lo podía llevar de vuelta. Carolina se había hundido en sí misma, ajena a todo. Cuando estacioné, otro auto lo hizo detrás de nosotros con una frenada ruidosa. Don Jorge, el hombre de los carteles, ahora con la mirada bestial, bajó con dos tipos y golpeó la puerta de la casa con violencia. Arranqué cuando Marcelo abrió y tiré el anillo junto al cordón de la vereda. A los pocos metros, por el espejo retrovisor, vi el mismo resplandor plateado del Caribe.

Durante el viaje de regreso ninguno habló. La ruta se fue tragando la tarde y nos volvimos un punto en el camino. Quinientos kilómetros callados, sumidos en el silencio hostil, irreversible, definitivo. **TN**

Esteban F. Llamosas

Autor de la serie de novelas policiales del detective Lespada, que lleva cinco títulos: *El rastro de Van Espen*, *La biblioteca Listen*, *Buscando a Traci*, *La conspiración de los catorce* y *La milicia del diablo*. También ha publicado el libro de cuentos, *Gente de cerca*. Es profesor de Historia del Derecho en la Universidad Nacional de Córdoba.



Una cárcel es como un cementerio

Autor anónimo

Así comienza su relato Jeremías A. Un catamarqueño que pasó su vida en diferentes cárceles de Argentina incluyendo la de Encausados en Córdoba. «Allí el preso es un muerto en vida». Lo recordé de inmediato mientras veía las dos versiones filmadas de *Papillón* (la francesa de 2017 y la estadounidense de 1973) basadas en la autobiografía de Henri Charriere. Yo había leído el libro apenas se publicó y se tradujo del francés al castellano en 1969.

Cuenta Jeremías que pasó 27 años detenido, primero como preso político y en los '90 como delincuente común. Siempre, siempre, dicho con sus propias palabras, «entre esos paredones sucios y olorientos, pensaba en la libertad. La libertad es lo único que me mantuvo vivo durante esos años. Cada día de mi vida en una cárcel pensaba en la manera de ser libre».

Uno de sus intentos más recordados fue también desopilante. Estando en Encausados y como no tenía visitas les pedía a los otros presos que les encargaran a sus familiares medias de fútbol y globos de cumpleaños. Y si podían, también, sábanas viejas. A las medias las destejía y hacía madejas. Con las madejas hacía sogas y las trenzaba atándolas a los barrotes y a la tapa de una olla que hacía girar. Trabajaba en el mayor de los secretos cuando todos se iban al recreo.

Cuando consiguió las sábanas las cosió a mano destejando un hueco entre ellas, por donde pasarían las sogas y una vez inflados entrarían todos los globos que había conseguido. Con esos elementos armaría un parapente con el que saltaría desde el techo de la cárcel. El plan le llevó 5 largos meses durante los cuales también desarmaba sus pantalones con los que armaba el arnés.

Paralelamente comenzó a limar con una sierrita uno de los barrotes de la ventana de la celda. Cuando finalmente lo logró, mantuvo el barrote en su lugar con plasticola hasta el día de la fuga. La ventana daba a un rincón del techo de la cárcel con una pequeña tapia que la dejaba fuera de la vista de los guardias. Desde allí había 12 me-

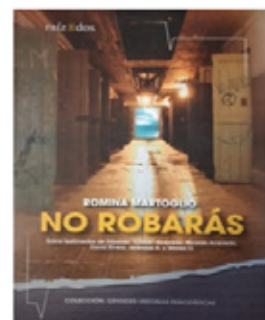
tros hasta el paredón externo. Desde el paredón hasta la vereda había 30 metros, cruzados por cables de media tensión. Cualquier error de cálculo podía costarle la vida.

Cuando todos se fueron a dormir en la noche de la fuga, su compañero de celda, mientras le decía que estaba loco, le ayudó a inflar los globos. No recuerda cuántos eran. Sacó el barrote, subió al techo y entre los dos terminaron la tarea. Entonces se dio cuenta de que no sería fácil correr por la cornisa sin que lo vieran con el parapente de sábanas y globos inflados sobre su espalda. Probó varias veces. Esa noche no había viento. En el último intento el parapente se despegó del techo, pero al recibir una repentina bocanada de aire se volvió loco.

«Gracias a Dios, en lugar de inflarse y tirarme para abajo, me tiró hacia atrás. Me lastimé todo, pero si caía al espacio que hay entre el techo y el paredón me hubiese matado. Eran las 4 de la mañana, estaba exhausto y me di cuenta de que no era posible. Debía pensar en otra manera de escapar. En un ratito desarmé todo y empecé a maquinar. Me iba a ir de cualquier manera, afuera estaba mi familia y yo no podía seguir sufriendo cuando pensaba que tal vez no tenían qué comer».

TN

Este relato verídico forma parte del libro *No robarás* de la editorial Raíz de Dos (2014) y Jeremías es uno de los integrantes de la «cooperativa de ex convictos Esperanza sin Muros» que forman el coro griego en las aventuras de Philip Lecoq, el detective de los pobres, la saga de 6 episodios que pertenece a Fernando López y que fueron editados por esa misma editorial entre 2012 y 2019.



EL ABONO DE LOS DÍAS



CEZARY NOVEK
SILVA JOAQUÍN

EL ABONO DE LOS DÍAS



Estamos en la casa del señor Américo Vianno, el vecino más longevo de la localidad. Hoy cumple nada menos que 106 años!



Así es señorita, yo viví y trabajé toda mi vida en Coronel Prósperi. Trabajé en el viejo hospicio desde su inauguración.

¿Y cómo está viviendo este momento, rozando su onceava década?

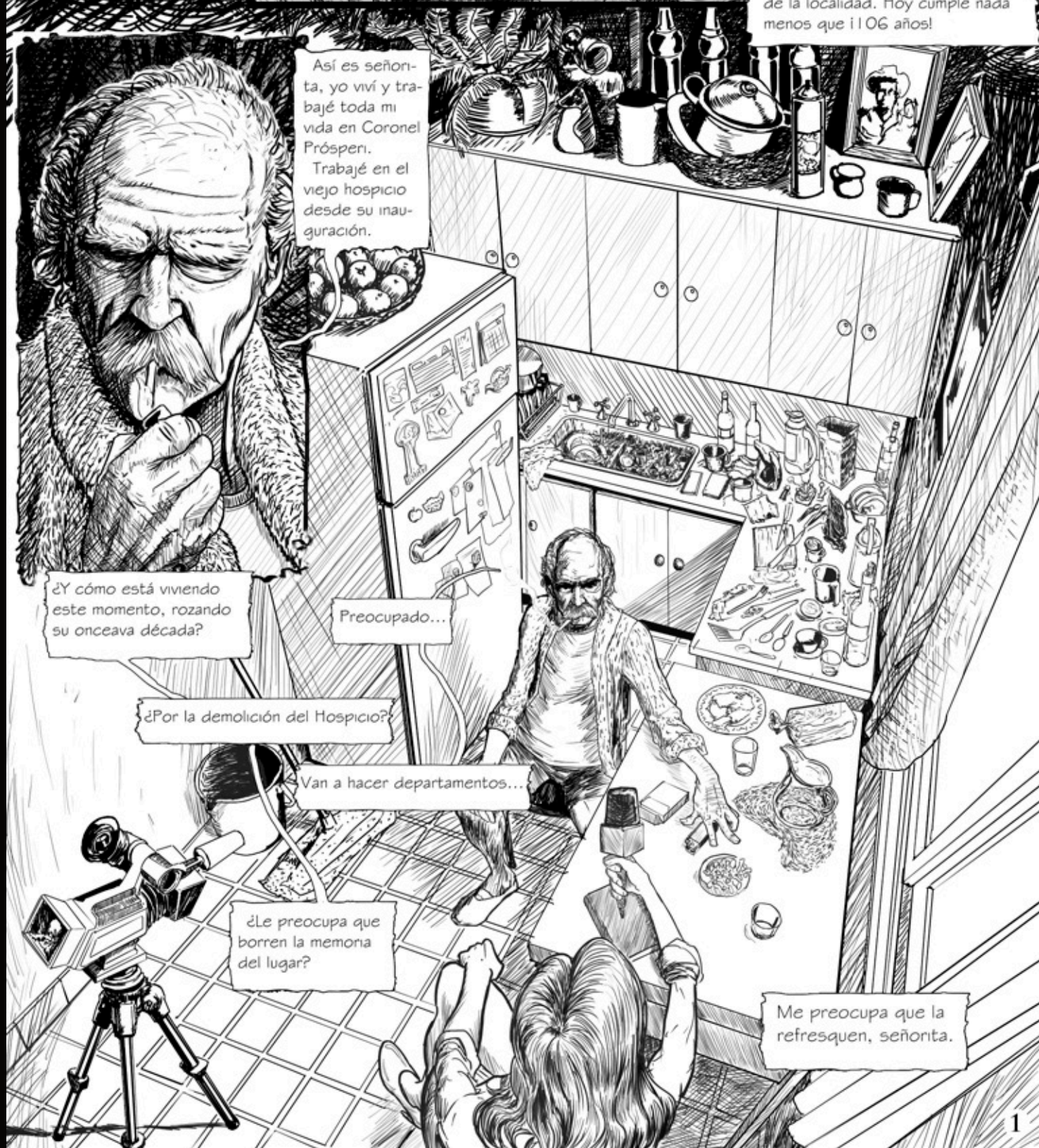
Preocupado...

¿Por la demolición del Hospicio?

Van a hacer departamentos...

¿Le preocupa que borren la memoria del lugar?

Me preocupa que la refresquen, señorita.



Era un lugar sagrado para los habitantes originarios ¿Sabe? ¿No? Nosotros tampoco lo sabíamos. Pero era un lugar de ofrendas.

Todo empezó con un derramamiento de sangre, accidental,

Y con el derramamiento de sangre, las cosas cambiaron. Como cuando se le cambia la dieta a alguien... o algo.

Quiero ver a mi bebé!!!

Me hace mal la realidad, de que el perro sea el perro y nada más.

¿Les sano?

lo suficiente...

Como se ceba un puma... o cualquier animal que prueba la carne humana. Quiere más.

Muchos permanecemos ignorantes de todo esto. Eran otros tiempos. Estaba mal visto preguntar mucho.

Hubo una doctora. Era callada, solitana. Eficiente, muy dedicada a su trabajo.


No era dada a hacer preguntas, pero sí a buscar respuestas.



♪ Dominique, nique, nique
s'en allait tout simplement
Rouler, pauvre et chantant
En tous chemins, en tous lieux
♪ Il ne parle que du Bon Dieu
Il ne parle que du Bon Dieu



Y quien busca, por lo general, suele encontrar algo....



Es cierto que había muchos pa-
cientes registrados como NN.

Tal vez los suficientes
como para que no se
notara si... se perdían
uno o dos por año ¿Me
sigue?

La doctora era
muy curiosa.

Le gustaba hacer
horas extras.

Nunca sabremos qué fue lo
que encontró. O qué fue lo
que la encontró a ella.

Un día registró su ingreso
en una guardia nocturna...
y no volvimos a saber de
ella.

Los directivos obligaron a
un colega a que firmara por
ella la salida... para evitar
problemas....

Hacia muy poquito que los años de
plomo habían terminado, no sé si me
hago entender.

Pasó muy poquito tiempo hasta que su ausencia se notó lo suficiente como para movilizar una investigación de la Justicia



La doctora no tenía pareja y casi no se veía con sus amigos.

Tenía una madre viejita -casi tanto como lo soy yo ahora- que hizo la denuncia.


Cuando dragaron el lago, los policías vieron cosas que prefirieron callar.

PELIGRO

PELIGRO

Pero los rumores eran los segundos huéspedes más abundantes del lugar, después de los locos.

De la doctora, ni rastros.



Sí había rastros de la dieta que prescribieron los directivos. Sobre eso susurraban los ordenanzas y los locos.

Ya hacen treinta años de esto...

El caso prescribió y fue cerrado. Desde que la constructora compró el predio y empezó a tramitar la demolición

Señor Vianno... las obras están en marcha hace meses. Nadie sufrió ningún incidente...



Te venden esa película del progreso, con gente rubia y feliz, viviendo en un paraíso con rejas...



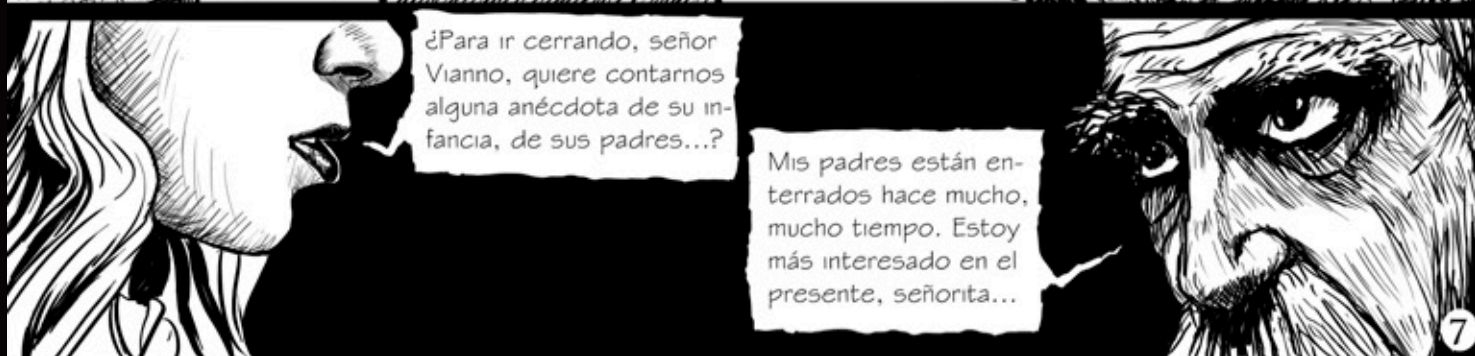
No tienen idea de lo que están haciendo...

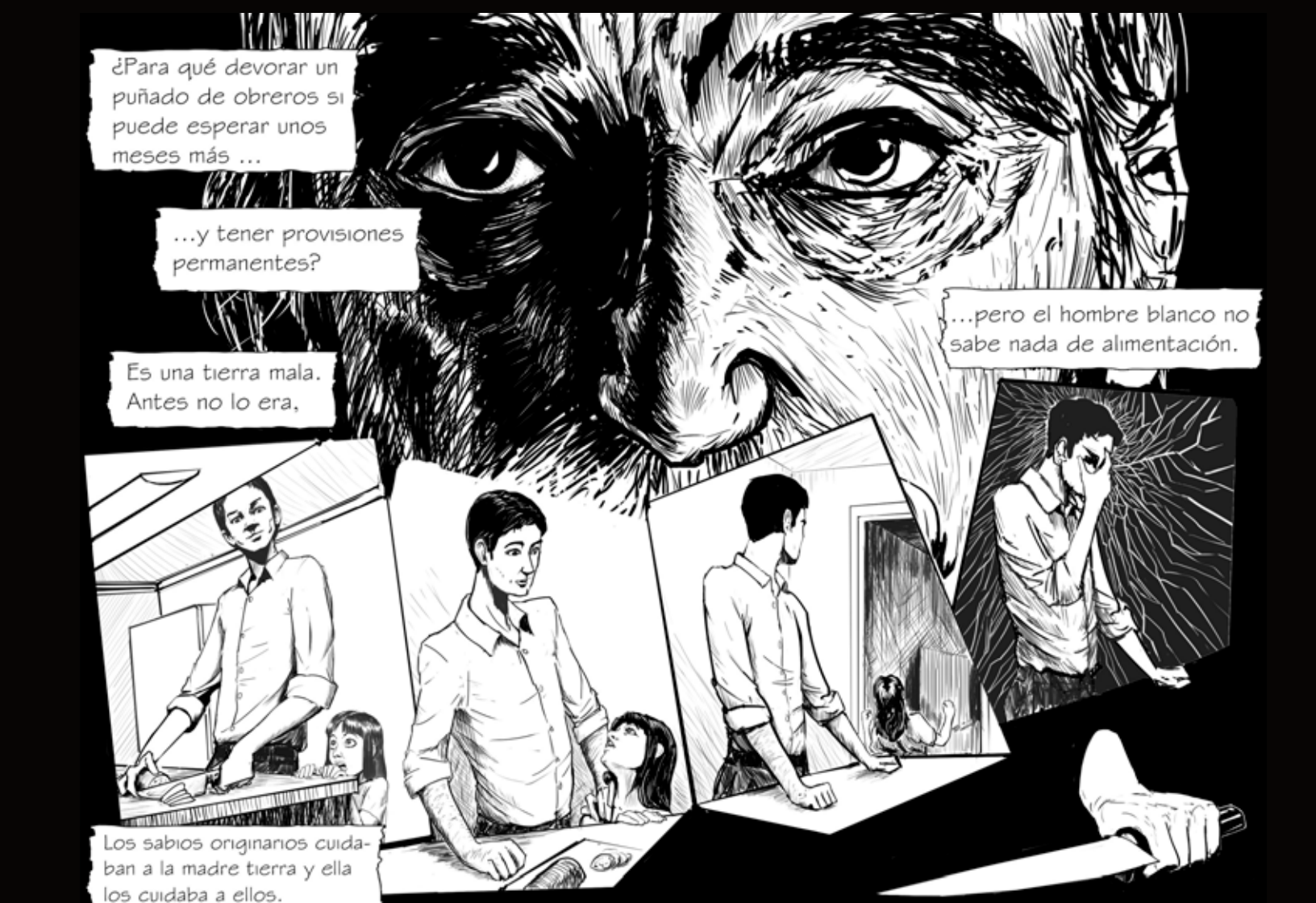


Muchas familias empezaron a pagar sus viviendas...

¿Para ir cerrando, señor Vianno, quiere contarnos alguna anécdota de su infancia, de sus padres...?

Mis padres están enterrados hace mucho, mucho tiempo. Estoy más interesado en el presente, señorita...





¿Para qué devorar un puñado de obreros si puede esperar unos meses más ...

...y tener provisiones permanentes?

Es una tierra mala. Antes no lo era,

...pero el hombre blanco no sabe nada de alimentación.



Los sabios originarios cuidaban a la madre tierra y ella los cuidaba a ellos.



El blanco profanó ese pacto de confianza. Pervirtió a la madre tierra.



Nadie que viva en ese lugar conservará el juicio ... ni la vida.





Cezary Novak

(La Paz, Entre Ríos, 1982)

Docente y periodista cultural. Publicó – entre otros títulos- La configuración del silencio (2018), Cada día es un pájaro que se muere (2019) y las novelas Alguien te busca (2021) y El veneno siempre está al final (2021)

Mail:

cezarynovak@gmail.com

Sitio:

www.elsordidotopico.blogspot.com.ar



Joaquín Silva

(El dorado, Misiones, 1988)

Diseñador industrial e ilustrador. Además de historietas, ha realizado ilustraciones para diferentes proyectos editoriales en sellos como Estrada, Ministerio de Cultura de Nación así como también ha diseñado personajes para videojuegos.

Mail:

cezarynovak@gmail.com

Sitio:

www.elsordidotopico.blogspot.com.ar



TRAZAS NEGRAS

Disponibles en: www.delibros.cl

Historia de Córdoba Mata en la Historia de Córdoba

Por Fernando López

Fue en el año 2014 que un grupo de entusiastas escritores de novela negra decidimos crear nuestro propio festival. Ya habíamos conocido el Festi Azabache de Mar del Plata, pero sobre todo el más antiguo de habla hispana que es la Semana Negra, fundado por Paco Taibo II y otros escritores, entre ellos Ángel de la Calle, que se realiza en Gijón desde hace ya 34 años, sin detenerse jamás. Antes todavía habíamos tenido la suerte de visitar el Encuentro sobre el Policial Negro Latinoamericano celebrado en Santiago de Chile en 2002, el *Medellín Negro* fundado y dirigido por Gustavo Forero, el encuentro celebrado en Montevideo en 2011 y muchos más, de los que no quisiera olvidarme, de ninguno. A medida que avanzábamos en el proyecto recibimos noticias de que había muchísimos festivales del género en todo el mundo: en Argentina, México, Cuba, Chile, Francia, España, Italia, Islas Canarias, más recientemente Panamá, cada cual con su modo de organizarse pero siempre con el norte de promover la lectura y la escritura de novelas de género negro, el más popular quizá en estos tiempos, como alguna vez lo fue el género de aventuras o el gótico o los desencuentros amorosos de los amantes con diferencias sociales entre sí.

Siempre en el mes de setiembre y desde 2014 se llevó a cabo en esta ciudad mediterránea el *Encuentro de Literatura Negra y Policial «Córdoba Mata»*, en el marco de la Feria del Libro y a partir del primer año con subse-des en las ciudades de Cura Brochero y Mina Clavero, posteriormente en San Francisco y Río Cuarto, en la medida en que fue creciendo el interés. La pandemia puso una valla invisible que ralentizó ese crecimiento. El evento, que desde el comienzo contó con un amplio apoyo de la Secretaría de Cultura del Municipio, de la Universidad Nacional de Córdoba, las Agencias Córdoba Cultura y Córdoba Turismo de la provincia y el Centro Cultural



España-Córdoba, sumó en cada cita a unos 50 escritores, periodistas, guionistas y cineastas locales, de varias provincias e internacionales, de varios países en cada oportunidad. En ambientes de gran camaradería y frente a un público entusiasta que colmó siempre las salas del Cabildo Histórico, se desarrollaron varios temas que tuvieron distintos lemas convocantes: en 2014 simplemente se convocó al primer encuentro bajo el lema *Presente y futuro del género negro en América y España* que nos permitió adentrarnos en esa temática y también en el humor el comic y la parodia, los orígenes del género negro a través de la mirada de Mempo Giardinelli, la novela escrita por mujeres, las experiencias dramáticas para sobrevivir en esta sociedad luego de abandonar voluntariamente la delincuencia, la presencia de investigadores en esos textos y muchos otros temas. Entre los invitados extranjeros de ese año estuvieron Bartolomé Leal (Chile), Pedro Peña, Rodolfo Santullo y Mercedes Rosende (Uruguay), Kate Quinn de Irlanda, el español Alexis Ravello y un buen número de autores cordobeses y de Buenos Aires. Y gracias a una teleconferencia que se realizó utilizando la red *Anilla Cultural* de los centros culturales españoles en el mundo, tuvimos la presencia virtual del colombiano Gustavo Forero y el argentino radicado en Rennes

(Francia) Néstor Ponce, mucho antes de que el COVID 19 nos obligara a la virtualidad en 2020 y 2021.

En 2015 el lema del encuentro fue *La escena del crimen* y arrancamos con una conferencia de Guillermo Martínez sobre las leyes de la narración policial según Borges. Se habló de literatura policial para niños y jóvenes, la violencia institucional como disparador, la denuncia social y las novelas de Malvinas con trama policial, las letras de los cuartetos con contenido social, los cruces de géneros (Eduardo Soto Díaz, de Chile, aportó en la convergencia entre lo negro y lo fantástico); y cinco mujeres hablaron de sí como escritoras, como víctimas y también como asesinas. La mesa de mujeres se repitió en 2016 con el tema «mujeres en peligro: entre la violencia y el desprecio». En otras mesas se abordaron las diferencias y similitudes entre el desarrollo del género negro en el continente americano y el viejo mundo. En 2015 se programó una conferencia de prensa con los organizadores y directores de distintos festivales en los que se habla y se discute de y sobre el género: Lorenzo Silva (*Getafe Negro*), Gustavo Forero (*Medellín Negro*), Javier Chiabrando (*Festival Azabache*), Giorgio Ballario (*Torinoir*), Osvaldo Aguirre (*La Chicago Argentina*) y Milton Fornaro (*Novela Negra en la Feria del libro de Montevideo*). Siempre nos hemos ocupado de que el programa de *Córdoba Mata* sea variado y contundente.

En 2017 la consigna fue *Los libros y las armas*. Como siempre la mesa inaugural se distinguió por el abordaje de

un tema altamente conceptual como fue *Rodolfo Walsh, escritor y personaje de novelas policiales*, desarrollado entre Marcelo Figueras (autor del libro *El negro corazón del crimen*), Guillermo Orsi (uno de los máximos exponentes del género negro en Argentina) y quien suscribe esta nota. E inmediatamente se discutió acaloradamente entre el escritor-periodista cordobés Dante Leguizamón y el académico David Knutson de la Xavier University (USA) quienes debatieron arduamente sobre los orígenes de la «non fiction en el mundo» y cuál había sido la primera: si *Operación Masacre* de Walsh o *A sangre fría* de Truman Capote. Ese año hubo un ítem especial dedicado a la pornografía como un género perseguido a través de los tiempos, que sin embargo gozó de sus épocas de gloria. En una mesa se debatió sobre *Pornografía y censura en la literatura y el cine*, con el subtítulo *¿Por qué no se permite a los ancianos tener canales porno?*, en repudio a una insensata frase del entonces presidente Mauricio Macri tras visitar una residencia. En otra mesa *Narrar, coger y morir en la novela negra*, en la que se intentó desmenuzar el uso libre del lenguaje, sin ataduras, por parte de los escritores. Yo opiné, como ya lo había hecho en el cierre del festival mexicano *Acapulco noir* de 2016 que las mujeres tenían mejor capacidad para narrar escenas eróticas que los varones. Un debate que se merece muchas más mesas de discusión. En una larga mesa de escritores escuché decir a una autora consagrada internacionalmente, a propósito de mi novela *La ciudad de los desechos*, que «no había



En la foto, adelante están los argentinos Guillermo Orsi y Fernando López. Más atrás Bartolomé Leal (chileno), a su derecha Milton Fornaro (uruguayo) y a su izquierda más atrás el chileno Eduardo Soto Díaz. También aparecen de pie a la izquierda el cubano Marcial Gala, el mexicano Elmer Mendoza, y al centro el argentino-español Raúl Argemí y Hugo Burel (uruguayo)... entre otros cultores del *noir*.

necesidad de ser tan explícito en la descripción de ciertas escenas en un relato» (refiriéndose por cierto a las escenas de contenido sexual).

Otros temas que nos parecieron interesante incluir en el programa de ese año fueron *Héroes populares y traidores*, *Pesadillas*, *hambre*, *pestes y otras formas de matar*, la sombra que se esconde siempre en las historias familiares, otra sobre las cárceles, muros y alambradas como moradas para el castigo por la comisión de ciertos delitos, menores si se tiene en cuenta que son cometidos por las clases más bajas de la sociedad mientras los grandes delincuentes siempre rompen los hilos de la debilísima red que pretende atraparlos.

En 2018 el lema convocante fue *Los Medios y los Miedos*. Además de desmenuzar el comportamiento mundial de los medios radiales, de prensa y televisivos, el trabajo mentiroso que realizan desfigurando la realidad política y social de nuestros países y el papel de los medios alternativos de difusión, se abordaron temas como la pulsión asesina, los cuerpos desaparecidos recuperados e identificados y la Historia, los personajes femeninos actuales, los miedos y el universo de los niños y la novela negra rural como una posible renovación del género. Participaron escritores locales, entre otros Graciela Bialet, Lucio Yudicello, Eugenia Almeida, Leandro Calle, Guillermo Bawden y Fernando López. Del resto de Argentina, Mempo Giardinelli, Horacio Verbitsky, Alejandro Crivisqui, Laura Rossi, María Inés Krimer, Alicia Plante, Gabriela Cabezón Cámara y varios más. De USA, David Knutson y Alejandro Meter; de Italia, Giorgio Ballario y Gianluca Campagna; de España, Paco Gómez Escribano;



de Chile, Dauno Tótoro Taulís; de Uruguay, Eduardo Pérez Vázquez; de México, Imanol Caneyada, y de Colombia la guionista de series negras Lina Arboleda. Además, se consagró el cuarto premio literario de novela, el único que se realiza en Argentina pensado para que se publicara simultáneamente en Argentina y en México. En la apertura del evento estuvieron Horacio Verbitsky y Mempo Giardinelli en la carpa principal, con un lleno total que desbordaba por el pario más grande del Cabildo. Se calcula que hubo alrededor de 800 personas, cifra difícil de estimar sin un contador de ganado. Como en todos los años anteriores organizamos una visita guiada al Museo Provincial de la Memoria, el lugar insignia instalado donde estuvo el tenebroso D2 en el que se torturaba a los detenidos políticos antes de desaparecerlos, en un callejón entre el Cabildo y la Catedral. Nadie discute ya que desde el campanario espiaban lo que ocurría en el patio de la D2 y nunca la iglesia hizo ningún comentario. El miedo y el universo de los niños, ¿cómo se termina una novela negra? (final cerrado o final abierto, lo que generó una discusión que siguió hasta la Feria del Libro del año siguiente en Buenos Aires). La novela rural y el western negro como una renovación del género, entre varios temas más.

Finalmente, en 2019 el lema convocante fue *Justicia, superstición y muerte* y se habló del terror emergente, la construcción de la Historia, genocidios, el alter ego, religión, lengua y política, el morbo, cuerpos en guerra, justicia o venganza y el pueblo como protagonista. Pero 2020 cayó sobre nosotros, sobre todo el mundo, enfermo con un virus cuya verdadera etiología y comportamiento siguen siendo un misterio digno de un encuentro de gé-

nero negro. Porque hubo millones de infectados y centenares de miles de muertos que sufrieron el ataque indefensos y aturdidos y temerosos de ser víctimas de ese enemigo silencioso, invisible y astuto que sorprende con sucesivas transformaciones y no se sabe cuándo y cómo se lo podrá contener. Porque todas las guerras entre humanos que hubo y seguramente habrá en el mundo en un futuro más o menos cercano tuvieron un final previsible, atado al agotamiento de la resistencia de quienes finalmente fueron y serán vencidos, pero el horizonte sigue siendo oscuro respecto de este virus que nos recuerda, irremediadamente, a aquellos parientes de ficción que inesperadamente salvaron al mundo de la invasión extraterrestre en *La guerra de los mundos* de H.G.Wells. ¿Nos salvaría el COVID 19 de una agresión semejante en el futuro? La verdad, no lo sabemos, aunque secretamente podríamos desearlo. La mala memoria me dice que, en numerosos laboratorios de distintos países, mejor dicho potencias belicosas del primer mundo, se sigue experimentando con armas químicas y bacteriológicas que lo dejan al gas sarín a la altura de una hormiguita inofensiva. Recuérdese que sin saber que los pueblos originarios de América carecían de defensas para todas las pestes de los europeos, los invasores españoles trajeron con ellos los virus de la viruela, la sífilis, la gripe y la lepra, armas tan secretas que ni se imaginaban que nadie podría enfrentarlos con éxito. Los pueblos originarios podían enfren-

tarse a la caballería y a los perros asesinos y a los cañones y al incendio de sus sembrados y al envenenamiento de sus aguas, ofrendando sus vidas con harta valentía, pero las hierbas y las pócimas y las fumatas de los chamanes no habían tenido tiempo de desarrollar una efectividad visible ante esos monstruos invisibles desatados por la avaricia de los usurpadores de las tierras de América. ¿Hasta cuándo vamos a decirles conquistadores a esos asesinos?

Todos estos años en *Córdoba Mata* se convocó a los escritores, académicos, periodistas y estudiosos en general del género negro para hablar de la muerte que viene de afuera de nosotros. Quizá en los próximos años, en los que deseamos y esperamos que podamos gozar nuevamente de la presencialidad, debemos incorporar como ítem la muerte que destruye de adentro hacia afuera, la de las epidemias y las armas bacteriológicas y toda la parafernalia tecnológica que nos somete debilitando nuestras defensas. Y seguramente otro ítem debería ser el asesinato de la madre tierra, que es el más grave crimen cometido por un grupo minúsculo de empresas poderosas económicamente contra una humanidad que asiste impávida a la desaparición de la fauna, los mares, los ríos, el clima templado, los glaciares y los ciclos normales de las estaciones.

TN



Fernando López Publicó 18 libros, entre otros, la saga de novelas *Philip Lecoq*, el detective de los pobres (2012/7, 6 episodios). Premios: Latinoamericano de Narrativa Universidad de Colima, México 1984, a la novela *El mejor enemigo* (4 ediciones); Casa de las Américas, Cuba 1985, a la novela *Arde aún sobre los años* (4 ediciones, traducida al alemán y publicada en Cuba, Argentina, Alemania y Uruguay); 1er finalista premio Planeta Argentina 2005 con la novela *Odisea del cangrejo* (4 ediciones en Argentina y 1 en Cuba, siendo la última la edición completa con su secuela, *Áspero cielo*, en 2019, por El Emporio); finalista en el concurso Novelas de Película del BAN! 2015 con la novela *Un corazón en la planta del pie* y su novela *La sombra del agua* (Del Dragón, 2004) fue publicada en México por la editorial Nitro-Press en 2019 y en Alemania por Ediciones Illíada en noviembre de 2020. Varios de sus cuentos fueron publicados en antologías, diarios, revistas, blogs y suplementos de Argentina, Chile, Cuba, México, España, Suecia, EE.UU, Italia e Israel. En julio de 2020 la editorial Gogol publicó una selección de sus cuentos bajo el título *Lo implacable*. Dirigió la revista *Los que cuentan* (1997/9), participó y dirigió el proyecto *Decamerón Cordobés* (Babel Ediciones, 2006/8), dirigió la serie de novelas policíacas latinoamericanas *Tinta Roja* (Eduvim, 2010/2) y coorganizó las siete ediciones del Encuentro Internacional de Literatura Negra y Policial «Córdoba Mata» (2014/2020).

